Roma, Basílica de Santa María in Trastevere, 11 de diciembre de 1997

Chiara con la Comunidad de Sant'Egidio:

Historia del Movimiento de los Focolares

Andrea Riccardi: Estoy muy contento de que esta tarde nos encontremos aquí en Santa María, en Trastévere, que es la iglesia donde nos reunimos para las grandes y solemnes fiestas de la comunidad. Estoy muy contento de que estemos aquí porque esta vez es Chiara la que nos reúne con su presencia y con su visita. Una visita preparada desde hace tiempo, aunque también imprevista, porque es una visita que nosotros hemos... hemos sabido hace dos días, pero estamos... pero la hemos preparado desde... desde hace un año. Por lo tanto, estamos muy contentos de que Chiara esté aquí esta tarde entre nosotros y que pueda hablarnos.

Y, ¿qué veo yo personalmente en Chiara? Chiara es una mujer, una cristiana, una laica, que ha vivido el descubrimiento del Evangelio con muchos compañeros y compañeras, y su historia, en una visión de la historia, que es una historia de amor de Dios, es una historia que ha preparado el Vaticano II, que ha preparado energías humanas, energías cristianas para el Vaticano II. Podemos decir, entonces, que la experiencia cristiana de Chiara es una experiencia a la que la Iglesia de nuestro tiempo, de nuestro siglo debe mucho. Yo la saludo de parte de todos vosotros con gran afecto, y le doy una gran bienvenida y le doy las gracias por todo lo que nos quiera decir. Gracias (Aplausos)

Chiara: Queridísimos señores, señoras, que lamentablemente no conozco, y hermanos, hermanas, amigos.

Tengo que hablar, por lo tanto, del Movimiento de los Focolares.

Ya Pablo VI, por tanto hace 20 años, decía que este Movimiento, porque es obra de Dios, es grande, no hay proporción entre los instrumentos que somos... podemos haber sido nosotros, y esta Obra, decía que es ya un árbol, robusto y grande.

Y ahora, después de tantos años, que también el Papa pasó, y vino otro, podemos decir que ya ha extendido sus ramas en todo el mundo, hasta los últimos confines de la tierra, y lo siguen millones de personas.

Pero como todas las cosas de Dios nacen de una pequeña semilla, por lo que ustedes escucharán esta tarde muchas cosas pequeñas, muchas anécdotas, que forman un poco la base de como ha nacido este Movimiento, pero a través de las cuales se puede quizás comprender lo que Dios quiere de él.

Hace falta remontarse al 39, a 1939. Muchos de ustedes no habían nacido, naturalmente, y yo entonces, tenía 19 años, y fui a Loreto porque me habían invitado con las estudiantes católicas a hacer un curso en Loreto. Fui, pero no recuerdo nada de aquel curso, sólo recuerdo que en los momentos más... de descanso entre una charla y otra yo corría a la casita de Loreto, donde se dice que vivió la familia de Nazaret.

Yo no tuve tiempo de comprobar si este hecho era realmente histórico o no; me encontré allí, de rodillas, cerca de aquellas paredes oscuras, dentro de la casita, que está dentro de una fortaleza. Y enseguida me embargó una grandísima emoción, tenía muchas ganas de llorar, porque estaba como sobrecogida por algo que ahora definiría como divino, como si lo divino me aplastara, porque pensaba: de aquí a allí habrá pasado María; San José, quizás, ha hecho estas vigas; estas paredes han oído el eco de la voz del Niño Jesús. Y cuanto más pensaba en estas cosas, más me aplastaba esto, este algo de divino que me superaba.

Después volví a la charla y enseguida, de nuevo, en otro momento, entre una charla y otra, corría a la casita, con la misma experiencia, la misma experiencia: como si aquella casita de Loreto, como si aquella familia de Nazaret tuviera algo que ver conmigo.

Recuerdo que el último día fuimos todas a la iglesia, una iglesia muy bonita, más grande todavía que ésta, y yo estaba al fondo; y allí tuve la neta sensación, como si alguien me dijera: te seguirán una multitud de vírgenes.

Volví a casa; yo daba clases, aunque era joven; estaba el párroco de mi pueblo, mis estudiantes. Y el párroco, viéndome tan contenta, me dice: "Pero - dice - ¿ha sucedido algo? ¿has encontrado tu camino?" yo dije: "Sí", dice: "entonces, ¿te casas?", "no". Dice: "Entonces, ¿entras en un convento?", "no" "Entonces, ¿te quedarás virgen en el mundo?", "no". Eran los tres caminos que, entonces, se proponían a las jóvenes. Y allí comprendí dentro de mí: es un cuarto camino que no sabría definir. Sólo sabía que tenía que ver con la casita de Loreto, con la familia de Nazaret, con la familia de Nazaret, con muchas vírgenes, dos vírgenes con Jesús en medio.

Después volví a casa, pasó el tiempo, pasaron algunos años y llegó 1943. Yo todavía estaba en Trento ... en mi casa, todavía enseñaba en otro pueblecito y además estudiaba, entonces estudiaba filosofía. Recuerdo que un día (el otro día lo comenté, quizás lo hayan oído en la... RAI uno, inmediatamente después del comentario que se hizo sobre el discurso del Papa; me preguntaron precisamente sobre mi vocación), y entonces expliqué que me encontraba en casa, con mis hermanas y hacía frío, un frío terrible. Eramos más bien pobres, y mi madre nos pidió que fuéramos a comprar la leche, pero no me lo pidió a mí, porque mis padres querían que me dedicase sólo a estudiar. Se lo pidieron a mis hermanas, las cuales, pobres, tenían mucho frío y no les entusiasmaba la idea de ir.

Yo, en aquel momento, sentí como el empuje de hacer un acto de amor y dije: "mamá, yo voy". Cogí la botella y fui.

La granja donde se vendía la leche estaba a un kilómetro de distancia, un kilómetro y medio. Recuerdo que fui. Y a mitad de camino me detuve porque sentí que había algo. Y para mí, aunque no sucedía nada, era como si el cielo se hubiera abierto, como si una voz hubiera bajado y me dijera: "Date totalmente a mí". Lo que comprendí fue ... fue la llamada, una llamada a darse toda a Dios, a escoger a Dios en la vida como ideal.

Volví a casa, fui a escribir una carta a mi confesor, el cual quiso verme enseguida para poder explicarme y poder prepararme y ponerme delante también todas las dificultades que encontraría. Entre otras cosas, me dijo: "Mira, tus hermanas se casarán, tu hermano se casará y tú te quedarás sola toda la vida, te quedarás sola".

Entonces, yo pensé dentro de mí: "Mientras haya un sagrario, yo no estaré sola". Y él me vio tan decidida, que entonces, a los pocos días, me manda una carta y me dice que había establecido que la vigilia de la Inmaculada de aquel '43 yo tendría que ir donde él, que habría preparado la Iglesia de manera que yo pudiera donarme toda a Dios.

Era una mañana, me acuerdo, la de aquella vigilia de la Inmaculada, también allí, muy fría. Además había una tormenta: iba adelante con el... con el... con el paraguas para abrirme camino de este modo así; llego arriba y encuentro una pequeña iglesia en la que se había preparado un banquito delante, un reclinatorio. Entonces me dijeron que me arrodillara, el... padre espiritual, y empezó la Misa.

Yo me llevé un pequeño misal, entonces se usaban los misales: era bonito, pequeño, en latín; yo seguí la Misa con el misal. Y luego estaba, en el momento de la comunión, la... llegó el momento para que yo pudiera decir la fórmula de mi consagración total a Dios.

Eso, la hice, pero, antes de hacerla, he comprendido lo que estaba haciendo; tenía 23 años, era una chica, estudiaba: dejaba todo, no sólo dejaba ahora el estudio o el trabajo, sino que dejaba el mundo, dejaba el mundo.

Y allí yo recuerdo, comprendiendo esto, que me calló como una lágrima y he tenido la impresión que se... que se caía un puente detrás de mis espaldas. Y este puente verdaderamente se calló.

Volví a casa; tenía poco dinero, unas monedas; he comprado tres claveles rojos, me acuerdo, que ahora todos los que se consagran a Dios en nuestro Movimiento usan siempre los claveles rojos y los ponen delante de aquel crucifijo que tenemos todavía, donde yo había, la noche, rezado para prepararme, durante un par de horas.

Volví a casa. El mío era, naturalmente, un secreto entre el padre espiritual y yo, pero era una alegría tan contagiosa que mi compañera a la que daba clases de filosofía se dio cuenta enseguida y, naturalmente, hemos hablado y el secreto se reveló. Así que, también ella, poco después, me ha manifestado el deseo de hacer como hice yo. Luego, he encontrado a otras: me han dicho que también ellas querían hacer como hice yo, y así se formó el primer grupo de ... de aquellas que fueron después las primeras focolarinas, todas vírgenes y todas consagradas a Dios. Esto fue el 7 de diciembre del '43.

Pasó un poco de tiempo y, mientras tanto, llegó el 13 de mayo del 44. En Trento hubo un grandísimo bombardeo, terrible. Cuando oímos la sirena, con la familia, escapamos a un bosque un poco lejos de la ciudad, en la periferia, y en aquel bosque dormimos durante la noche.

Había un cielo estrellado, me acuerdo, pero yo tenía una angustia terrible, porque sabía que no podía partir, porque debía continuar y tener contacto con el Movimiento que nacía, con estas compañeras mías, etc.; mientras veía que mi familia partía y yo era la única que la sostenía económicamente.

¿Cómo podía hacer para decirle a mi madre y a mi padre, por la mañana que no partiría con ellos? Por lo que lloraba y mi madre me consolaba: "Pero verás que irá todo bien" y también mis... hermanitas, allí tumbadas en este prado, en un bosque. Yo veía estas estrellas.

De aquella noche recuerdo solamente las estrellas y las lágrimas; la hemos recordado como... con este título aquella noche: "Estrellas y lágrimas".

Después, por la mañana, hemos vuelto hacia nuestra casa. Ya desde lejos hemos visto que la casa había sido afectada. De hecho, habían caído bombas alrededor, por lo que, por el rebote de las bombas, se había derrumbado todo el interior de la casa.

Yo subí la primera; ya estaba decidida incluso a morir, eso, por amor de Dios, para que no... para que no le pasara nada a mis familiares. Luego subieron también ellos. Fui donde mi padre y le dije: "Papá, yo no puedo partir. He prometido a Dios que yo no puedo partir." Y mi padre me dijo: "Yo te doy mi bendición". Y mi padre no era muy creyente.

Después fui donde mi madre; yo estaba convencida que mi madre, que cree... creyente, creyente, creyente, me dijera lo mismo. Y mi madre me ha dicho: "Eres... Verdaderamente, arruinas todo...", en fin, me ha dicho palabras, más bien, fuertes. Pero yo no podía partir.

Pero cuando, por la mañana, los vi partir a las seis de la mañana encaminándose hacia la montaña, y yo tuve que poner mi mochila en las espaldas curvas de mi madre, la que yo tenía que llevar, yo no podía más. Pero los vi irse e iban hacia la montaña, y ni siquiera sabían ellos dónde iban.

Yo me fui hacia la ciudad y allí la guerra había hecho estragos: habían caído todos los árboles de esa calle, el hospital de Santa Clara, se llamaba así, también se había derrumbado, con dentro muchos... muchos muertos, etc. Y yo iba hacia la ciudad y se me acerca una mujer que me dice, me cogió por los hombros, y

me dice: "¡Se me han muerto cuatro, cuatro se me han muerto!" Y entonces allí yo he comprendido que tenía que anegar mi pequeño dolor para vivir el de la humanidad.

Fui adelante. ¿Para hacer qué? Para buscar a mis compañeras, para ver si estaban vivas todavía o si había caído bajo las bombas; he buscado, he buscado y las he encontrado, las he encontrado a todas: ninguna había muerta. Entonces nos pusimos a buscar un lugar para ampararnos, hemos encontrado una casita y nos fuimos a aquella casita, que estaba hecha de dos... de dos habitaciones y media. Y, naturalmente, la guerra continuaba y llovían las bombas; teníamos que ir al refugio (gracias), al refugio. El refugio estaba un poco lejos. Pero, este refugio no estaba bien protegido; no había puerta, por lo que si delante caía una bomba, habíamos terminado. Por fortuna, por encima había mucha roca. Una vez, me acuerdo, cayó encima una bomba, y entró un montón de polvo, un polvo... una polvareda: todas nosotras en el suelo, etc., pero, por fortuna, nos salvamos.

Yendo al refugio no podíamos llevar nada. Entonces yo me metía en el bolsillo un Evangelio, un pequeño Evangelio. Y cuando estaba allí con mis compañeras, para poder esperar que pasara el peligro, abríamos el Evangelio y lo leíamos. Y allí algo absolutamente nuevo empezó a suceder: aquellas palabras, leídas muchas veces, tan oídas predicar desde... desde los púlpitos, nos aparecieron de una novedad extraordinaria, eran luminosísimas. Luego, las que comprendimos... palabras que se podían poner en práctica enseguida, eran palabras universales, hechas para el hombre, la mujer, el niño, el anciano..., para cualquiera. Eran palabras eternas, para todos los tiempos, por lo tanto también para el nuestro.

Entonces, enseguida cogimos una: "Ama a tu prójimo como a ti mismo" Y entre nosotras: ¿Quién es el prójimo? ah, es aquella señora de allí, aquella pobrecita, la otra viejecita, entonces ve tú, ve con..., tú ve con aquella, tú acompaña a casa, tú coge a sus niños, tú compra algo para que coman, etc... Y luego fuera, naturalmente, en los momentos en los cuales no sonaba la sirena y había, por lo tanto, las bom... no caían las bombas, allí a ayudar a todos los que estaban.... que sufrían: había heridos, enfermos, las... las señoras que esperaban al marido que no volvía, estaban los niños huérfanos... Y nosotras a tratar de multiplicarnos... el prójimo, el prójimo, el prójimo, de estos prójimos había para no terminar.

También venían a nuestra casa y comían en nuestra mesa: había una focolarina y un pobre, una focolarina y un pobre, una focolarina y un pobre. Y estas palabras, como también: "Lo que hayas hecho al mínimo, a mí me lo has hecho", era para volverse locas de la felicidad: nosotras podemos amar a Jesús continuamente. "Lo que hayas hecho al mínimo, me lo has hecho a mí, me lo has hecho a mí, me lo has hecho a mí..." Y allí nos vino muy de relieve el juicio universal, dónde Jesús dice que cualquier cosa: "Estaba desnudo y me vestisteis, tenía hambre...", se hace a Jesús: "a mí me lo hicisteis", y que nos dirá al final: "a mí me lo hicisteis".

Ahora, como entre nosotras había quien estudiaba, eh, en fin, saber en qué consistiría el examen final era una gran cosa. Ojalá hubiéramos sabido en nuestra universidad qué examen nos habría tocado, nos habríamos preparado; mientras que Jesús era mucho más bueno que nuestros profesores: nos había advertido "estaba desnudo y me vestiste...", "pero, ¿cuándo, Señor, te hemos visto desnudo, cuándo hambriento, cuándo...?". "Cada vez que habéis hecho esto a un hermano mío, me lo habéis hecho a mí". Por lo que siempre hacer a Jesús, hacer a Jesús, etc. Y las cosas iban adelante muy bien porque nosotras teníamos este Evangelio en la mano.

Y la guerra continuaba y nosotras decíamos: "pero, ¿cómo se logra amar... para tener verdaderamente a Dios como Ideal? ¿Cómo se logra amarlo verdaderamente con todo el corazón? Porque la guerra nos había dado una lección enorme: nos había hecho comprender... explicado que todo es vanidad de las vanidades, que todo pasa, es la lección que hace la guerra también ahora en el mundo. Dicen los nuestros... , nuestros jóvenes del Gen Rosso, ese conjunto que toca, que fueron a Sarajevo, que cuando contaron esto de la guerra,

para ellos son cosas vivas porque también ellos han experimentado que todo pasa, que todo es vanidad de las vanidades.

Tanto es así que nosotras, viendo esto, - yo entonces estudiaba en Venecia, pero no podía continuar los estudios y era ése mi ideal; otra quería casarse, pero no podía casarse porque el novio no volvió del frente; otra quería arreglar bien la casa, pero se derrumbó- veíamos todos nuestros ideales juveniles desvanecerse porque todo era vanidad de las vanidades.

Tanto que a mí, me nació decirle a mis compañeras: "pero, ¿existirá un ideal que no pase, que ninguna bomba pueda destruir? Y allí he sentido dentro la respuesta: sí, existe: es Dios. Y entonces entre nosotras, chicas, hemos dicho: "Hagamos de Dios el ideal de nuestra vida".

Pero luego nos hemos preguntado: "¿cómo se hace, en la práctica, cómo se hace?" Y entonces allí hemos abierto el Evangelio y hemos encontrado: "No quien dice: 'Señor, Señor' (no el sentimentalismo), sino quien hace la voluntad de Dios, aquél es quien me ama".

Entonces nosotras hemos comprendido: hacía falta, para amarlo, hacer bien la Voluntad de Dios. Y allí hemos comprendido que hacer la voluntad de Dios era un camino de santidad abierto para todos, sobre todo, para nosotros, laicos: somos madres, eh, hacer bien de madre; hacer bien de niño; hacer bien de estudiante; hacer bien de médico..., así nos santificamos, lo hemos comprendido.

Pero nos hemos preguntado: "pero, ¿existirá una voluntad de Dios que le guste particularmente a Jesús, ya que aquí se puede morir de un momento a otro? Está bien, tenemos veinte años, tenemos 15 años, veintitrés años, pero aquí podríamos morir. ¿Existirá una? Quisiéramos presentarnos ante El, habiendo hecho, al final de la vida, precisamente ésa".

Y recuerdo que abrimos el Evangelio y hemos encontrado: "Amaos recíprocamente como yo os he amado. Nadie tiene un amor más grande que quien da la vida por los amigos". Entonces nosotras nos hemos mirado a la cara. Dije: "está bien, yo estoy dispuesta a morir por ti" Y la otra: "y yo por ti. Yo quiero estar dispuesta a morir por ti" " Y yo por ti" " Yo quiero estar dispuesta a morir por ti" " Y yo por ti". Todas estábamos... dispuestas a morir la una por la otra.

Naturalmente durante el día no morimos, no hemos muerto ninguna de nosotras. Ah, se podía morir ya empezando a poner en común nuestras cosas, a hacer un poco de comunión de bienes: cuando yo tenía dos chaquetas, daba una a la otra; tenía dos pares de guantes, daba uno; se podía, se podía compartir incluso todas las preocupaciones.

Otra cosa que nos ha impresionado muchísimo en el Evangelio han sido aquellas palabras de Jesús donde El hace promesas. Por ejemplo habla del céntuplo: que si se deja padre, madre... Nosotros no es que los habíamos... sí, yo los había dejado también concretamente, pero no para todas era así. Pero en el corazón habíamos puesto a Dios en el primer lugar, por lo tanto habíamos pospuesto padre y madre. Dice Jesús: "El céntuplo os dará en esta vida y la vida eterna".

Y nosotras veíamos que, habiendo hecho así, este céntuplo llegaba. Necesitábamos alimentar a media Trento, y llegaban sacos de harina, llegaba leche en polvo, había durante la guerra; llegaba mermelada, llegaban huevos, llegaba... yo tenía mi pasillo lleno, lleno. La gente nos traía todas estas cosas, y nosotras, afuera, a ir en toda la ciudad a ayudar a todos estos pobres.

Otra palabra que nos ha impresionado ha sido aquella dónde dice que el resto vendrá por añadidura; si nosotros buscamos el Reino de Dios, que es el reino del amor, que es el reino del Evangelio, el resto viene por añadidura. Y a nosotras nos llegaba en abundancia: los exámenes que teníamos que hacer iban muy bien, aunque, quizás, no habíamos estudiado como se debería, u otras cosas iban muy bien, porque el resto viene por añadidura.

Estaba escrito: "Dad y se os dará" ¡Cuántas veces lo hemos experimentado! Una vez nos encontrábamos por la mañana en la casa, teníamos un solo huevo: era para todas, para comer, éramos seis, siete personas. Llega una pobre y nos pide algo. Yo miro a las otras. Yo digo tenemos un poco... tenemos un huevo solo. Bien, démoslo. Damos el huevo, durante el día llega una docena de huevos. Otra vez con las patatas, a veces con... , con todas las cosas que hacían falta: "dad y se os dará", "dad y se os dará", se realizaba siempre.

Así que, por ejemplo, otras palabras donde están las promesas de Jesús, por ejemplo: "pedid y obtendréis"

Una vez había un pobre que me dice: " Pero -dice- sabes, yo necesito zapatos; tengo que caminar. Me haría falta un par de zapatos nº 42." Yo voy a una pequeña iglesia y le pido a Jesús: "Jesús, dame un par de zapatos nº 42 para ti en el pobre".

Salgo de la iglesia y justamente en la puerta de la iglesia veo pasar a una señorita que conocía y me da un paquete. Abro el paquete: ¿qué había? Un par de zapatos de hombre nº 42. Y estas cosas en nuestro Movimiento se repiten en todo el mundo continuamente. Y son éstas las que han dado las alas a nuestra vida espiritual, a nuestro Movimiento, porque ver que Jesús está vivo todavía... Por lo que nosotras contábamos a toda la gente lo que nos sucedía y, a los dos meses, éramos ya 500 los que compartíamos el mismo ideal, los que hacíamos del mismo modo, los que vivíamos el Evangelio también nosotros.

Después, hemos aprendido, naturalmente, a amarnos recíprocamente, como he dicho. Y aquí ha sido un salto de calidad en nuestra vida espiritual. Luego lo hemos comprendido, porque Jesús dice: "Donde dos o tres están unidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Por lo tanto nosotros no lo veíamos (con) estos ojos, pero El estaba. ¡Y qué paz nos donaba, qué alegría nos donaba, qué ímpetu, qué ardor! Siempre ir adelante con el que... Era Jesús en medio de nosotros, ya no queríamos perderlo; El estaba allí. Y El, estando en medio de nosotros, ha empezado a hacernos comprender qué es la unidad, la unidad entre nosotros, entre hermanos, la unidad en el mundo, la unidad... , etc.

Un día -otro episodio- nos encontramos en un sótano; era de día, no fuimos esa vez al refugio porque podíamos ir a la ciudad. Pero suena... suena la sirena: fuimos al sótano. Pero el Evangelio lo llevábamos siempre con nosotras. Teníamos una vela para... , para vernos, y yo abro el Evangelio y encuentro la oración de Jesús, final: "Padre, que todos sean uno". La leemos: es una oración, probad a leerla, es más bien difícil, sobre todo para nuestra preparación, es difícil. Nosotros comprendimos algo aquí y allá, pero algo nos entra en la cabeza como un clavo: para esta página del Evangelio habéis nacido. Es decir, para la unidad, para llevar la unidad al mundo: la unidad con Dios y la unidad entre todos los hermanos.

Pero, ¿cómo se hacía para llevar la unidad? Bien, ya lo hemos comprendido: amarnos, amarnos, de manera que Cristo esté en medio nuestro. Pero, ¿cómo hacer para amarnos bien?

Y aquí otro episodio: un día, una de mis compañeras se encontraba enferma en la cama con unas llagas, porque había estado con los pobres, con una pobre, había fregado el suelo, había cambiado toda la casa, por lo que se contagió de su enfermedad. Y llegó un sacerdote, estaba yo también, y... para llevar la comunión, y me dijo: "¿Sabéis cuándo sufrió más Jesús? Yo había aprendido que había sufrido más en el huerto de los olivos, entonces digo: "En el huerto de los olivos". El dice: "No, Jesús ha sufrido más en la cruz cuando ha gritado: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me ha abandonado?'"

Después él salió; yo me quedé con mi compañera y digo: "¿Has escuchado? Mira, tenemos una sola vida, gastémosla bien. Sigamos a Jesús, ciertamente, crucificado, pero en este grito, en este grito, en su abandono".

Y enseguida lo hemos visto un poco en todas partes, en todos aquellos que sufren, que se parecen a El: no lo sé, en las mujeres divorciadas, porque están solas; en los huérfanos, porque estaban solos; en los abandonados, en los desamparados, etc. Y hemos tratado de amarlo todavía más que antes porque veíamos en todos éstos Su rostro.

Pero lo que nos ha impresionado más de El ha sido el pensamiento de que allí había perdido todo verdaderamente: estaba muriendo, había perdido la salud física, había perdido los discípulos que no estaban, menos Juan, había perdido la Madre porque nos la había dado, había perdido todo. Le quedaba la dulcísima presencia del Padre que era uno con El. Sin embargo el Padre le pide también esto, y El grita: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"

Y es con esta separación misteriosísima, porque sucede en el seno de la Trinidad que el Verbo se siente abandonado por el Padre, y es con esta separación que Jesús paga, con toda su pasión, la unidad de los hombres con Dios y de todos los hombres entre ellos, es decir, cumple la Redención.

Entonces, nosotros hemos comprendido que El era la llave de cada unidad y por lo tanto en cualquier lugar dónde encontrábamos desunidad, nosotras enseguida corríamos allí donde está la desunidad, por ejemplo, entre los hermanos separados, también en el mundo católico, quizás una pequeña parroquia no miraba con buenos ojos a la otra, quizás..., eso, nosotros corríamos allí para llevar la unidad porque allí estaba presente El abandonado. Por lo tanto, fuimos adelante así.

Y un día seguimos leyendo en el Evangelio: "Quien os escucha a vosotros, a Mí me escucha", "quien os escucha a vosotros, a mí me escucha" Y decimos: "pero, vosotros, ¿quién es ese 'vosotros'?" El obispo. Madre mía, aquí hemos armado un gran revuelo en todo Trento; es necesario decírselo al Obispo. Entonces fuimos donde el obispo, pedimos audiencia, él nos recibió y yo le conté. Y le dije: "Excelencia, las cosas han sucedido así, así". Pero nos habíamos dicho: estamos dispuestas a deshacer todo si él no lo quiere, porque en él habla Dios: "Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha", escucha a Jesús.

Entonces nosotros le hemos dicho todo, pero todo, con gran desapego. Y él nos ha respondido solamente: "Aquí está el dedo de Dios" y él nos ha apoyado toda la vida hasta que murió, y enseguida ha aprobado el primer... nuestro pequeño estatuto que era uno diocesano. Por lo que llegamos a esto.

Pero luego pasa el tiempo, llega el '48, nace junto al focolar femenino, que ya se había multiplicado, el primer focolar masculino. Había un joven electricista que vino a nuestro focolar, y nosotras hablábamos de nuestro ideal mientras que él arreglaba la luz. Pero él oía, escuchaba, se interesaba y advirtió la llamada: "Yo también". Y vino y nos dijo: "Quisiera seguir vuestro camino". Entonces él se buscó un pequeño lugar, era un gallinero que, junto a otro, que está aquí presente, ha transformado este gallinero en una casita para empezar el focolar masculino, que después se han multiplicado en todo el mundo.

Y luego encontramos una gran personalidad aquí en Roma, en el Parlamento: era Iginio Giordani, el señor Iginio Giordani, un diputado, un escritor entonces famoso, que es más, quizás se hará santo. Y él ha escrito un centenar de libros; era también ecuménico, muy ecuménico, era también un periodista y se interesaba de los problemas sobre todo de la Iglesia. Y yo voy al Parlamento para pedir algo y él me dice que le cuente algo del Movimiento. Yo le conté y me olvidé de lo que debía pedir, y le conté un poco nuestra historia. Y él se quedó impresionadísimo. Luego, en el pasillo, me dice: "Escri... Escríbame algo que lo debo publicar en 'Fides'". Era una revista de la época, católica. Pero era para seguir en contacto.

Después él nos siguió, él estaba casado, tenía hijos. Pero, cuando vio estas jovencitas, estos jóvenes consagrarse a Dios, casi siempre en la fiesta de la Inmaculada, él se quedó encantado, y, en la humildad de su situación un poco diferente, él me elogió esta consagración a Dios de todos estos vírgenes.

Entonces yo digo: "Pero sabes, lo que vale en el cielo no es tanto la virginidad; hay vírgenes muy soberbias, pero quien ama va al Paraíso; en el infierno hay también muchas vírgenes, pero quien ama va al Paraíso, aunque esté casado. Ven con nosotros también tú. Puedes entrar muy bien en el focolar, por cuanto tu situación lo permite". Y él lo hizo. Y detrás de él vino una multitud de casados, de casadas que quieren... sedientos de perfección, que quieren compartir el mismo ideal y entrar también ellos, de alguna manera, en focolar: vienen cuando pueden, de acuerdo con la familia, etc., etc.

Y luego viene el '56 y allí nacen los voluntarios: otra multitud de personas que no tienen esta consagración como la nuestra, tienen otro tipo de consagración fortísima: se vuelven el alma del gran Movimiento Humanidad Nueva que trata de iluminar todas las expresiones del mundo, las civiles: no lo sé, desde la medicina al arte, a la ciencia, a la política, todo. Que son ellos los animadores.

Después nacieron todas las otras ramas a lo largo del tiempo.

Esto es un poco nuestra experiencia de los primeros años, Andrea, ¿eh?

Andrea Riccardi: Le doy las gracias a Chiara por... por lo que nos ha dicho y por cómo nos lo ha dicho, en un modo tan... tan fraterno. Y diría que nosotros la hemos escuchado con gran amor porque su historia es la historia de una cristiana de nuestro tiempo que, como ella os ha dicho, tenía el pequeño libro del Evangelio, y el pequeño libro del Evangelio vale más que muchos libros y es más fuerte, en su debilidad, de muchas potencias.

Y, justamente cuando Chiara habla de la fecundidad del Movimiento de los Focolares, de la fecundidad de su experiencia, en esto hay verdaderamente que dar gloria a Dios y dar gloria a la pequeña palabra del Evangelio.